

importantes: la ley natural, la conciencia, las normas morales; es decir, el núcleo de la ética normativa. El lector que ha calado en la importancia de la «perspectiva de la moral» que el autor propone, comprenderá que no es casual que la pregunta por la norma ética, por la fundamentación de las normas éticas, la ley moral, la conciencia, etc., se sitúe después del estudio de la acción y de las virtudes, y no antes. En esta parte aparece también una crítica a la llamada «ética teleológica» («consecuencialismo», «proporcionalismo»), que resulta especialmente clarificadora porque, como afirma G. Abbà en un comentario a la edición italiana de esta obra (1994), muestra de modo magnífico que los razonamientos de la ética teleológica confunden la perspectiva misma de la moral.

Finalmente, en el epílogo («De la perspectiva filosófica de la moral a la perspectiva cristiana de la moral») trata de mostrar cómo el interno inacabamiento de la perspectiva meramente filosófica, justifica la moral cristiana que, al final, resulta ser la salvación y la justificación de la razón filosófica.

Muchos de los temas tratados en el libro han sido desarrollados por el autor con más profundidad en otros estudios y artículos, a los que hace continua referencia. Además, el carácter introductorio y el deseo de abordar todas las cuestiones relevantes, exigen reducir la profundidad. De todas formas, *La perspectiva de la moral* no es sencillamente la exposición de unos contenidos, sino un serio trabajo de análisis y reflexión.

El libro, escrito con rigor científico y con claridad, a la que contribuyen los ejemplos prácticos que propone —muy eficaces en su propósito—, es de gran interés para todo aquel que se dedique tanto a ética filosófica como a la teología moral.

Tomás TRIGO

M. TABET (ed.), *La Sacra Scrittura anima della teologia*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 279 pp., 17 x 24, ISBN 88-209-2727-6.

El volumen recoge las ponencias y las comunicaciones del IV Simposio Internacional de Teología organizado por la Pontificia Università della Santa Croce en el año 1998. Como se expresa en el título el volumen, quiere profundizar en el lugar de la Escritura en la teología, pero los contenidos de estas Actas traspasan este concepto y se adentran en otras cuestiones de particular relevancia como la fundación de la Sagrada Escritura, el lugar del canon, o la valencia cristológica de los textos sagrados. El siglo pasado se caracterizó por el esfuerzo denotado por conjugar la exégesis crítica con el valor revelador y teológico de los tex-

tos, y el volumen es una muestra clara del estado de la cuestión al final de ese proceso, al menos desde el punto de vista cronológico. Con todo, un resumen de sus contenidos más señeros podrá mostrar la valencia de estas afirmaciones.

El volumen se abre con dos ponencias sobre el canon de la Escritura. En la primera, G. Aranda se pregunta por el problema teológico del canon bíblico. El profesor de la Universidad de Navarra examina primero los acercamientos canónicos a la Sagrada Escritura como complemento teológico a la metodología histórico-crítica. Desde esta perspectiva repasa las dos corrientes de acercamiento canónico que se han desarrollado en la segunda mitad del siglo XX: la que pone el acento en el valor significativo de los textos en el marco del canon constituido (Childs) y la que subraya el proceso de canonización de los escritos sagrados (Sanders). Ciertamente las dos corrientes ponen sobre el tapete cuestiones que hasta el momento no se habían tratado de manera sistemática o metódica. Sin embargo, en los dos casos se advierte también que las conclusiones no han llegado hasta el lugar en el que el tema del canon cristiano se convierte en lugar decisivo: cuando, desde su precomprensión, la Iglesia ve su identidad en la Tradición recibida y donde los dos Testamentos vienen considerados juntamente como Palabra de Dios. Desde esta perspectiva propone la complementariedad de los dos caminos, el histórico-crítico y el teológico, pero teniendo presentes las relaciones entre ambos: el punto de vista teológico tiene que tener presentes —sin ser una prolongación de ellos— los desarrollos y las conclusiones del histórico-crítico, en tanto que el histórico-crítico no puede alcanzar, de por sí, lo que propone el teológico.

El volumen sigue con la ponencia del profesor G. Segalla de la Facultad de Teología de Italia Septentrional. El título de la ponencia es lo suficientemente significativo como para indicar su aportación en el marco del tema del Simposio: «Teología Bíblica: necesidad y dificultad. Para una teoría holística de la Revelación testimoniada en la Biblia». El profesor Segalla vuelve aquí a una propuesta que le es muy querida. Es sabido que la investigación —y también el Magisterio— del último siglo ha considerado como tarea ineludible la investigación del sentido de los textos según las condiciones del método histórico-crítico, es decir, según lo que propusieron los autores humanos. Al mismo tiempo —*Dei Verbum*, n. 13 y el Documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la Interpretación de la Biblia en la Iglesia (1993) son buena muestra de ello—, la teología es consciente de que esta investigación sólo recorre la primera parte del camino: la elucidación del sentido del texto debe acabar en el significado del texto en la Iglesia, o, como recuerda el título de la ponencia, en la «revelación testimoniada». Para llegar a este sentido espiritual se puede acudir, como hace el Documento de la Pontificia Comisión Bíblica citado antes, a la hermenéutica. La

hermenéutica proporciona categorías que pueden explicar la dinamización de los textos en el correr de los tiempos y en la apropiación por parte de los lectores. Sin embargo, entre el sentido determinado por la metodología histórica y literaria, y el sentido de los textos dinamizado en sus dimensiones hermenéuticas, el salto es bastante grande. De ahí que el profesor Segalla haya propuesto en más de una ocasión tomar la categoría de la teología bíblica como un puente que una las dos orillas ya que es capaz de presentar el sentido de los textos como susceptible de la apropiación y actualización hermenéuticas. Sin embargo, los resultados a los que llegan las propuestas de la teología bíblica —se examinan las propuestas de Childs, Hübner y Stuhlmacher— están muy determinados por las precomprensiones, no de orden teológico necesariamente, de sus autores. Por ello, Segalla propone una teología bíblica fundada en la «memoria histórica» que tome en consideración tres cosas: la memoria histórico-teológica de Jesús de Nazaret (la historia), el desarrollo histórico-literario de esa memoria teológica (el texto), y la memoria canonizada como norma de fe (el lector).

Como se puede ver, tanto en la relación del prof. Aranda como en la de Segalla, estamos ante problemas y propuestas muy semejantes: se trata, en definitiva, de descubrir cómo se debe articular el estudio de los textos sagrados para que emerja de ellos su verdadero sentido como textos revelados; de ahí se podrá deducir en qué sentido son el alma de la teología. Ésta es la cuestión que aborda la tercera ponencia, obra de M.A. Tabet, profesor de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma. En su relación —titulada «El estudio de la Sagrada Escritura, alma de la Teología: *Dei Verbum* 24— el autor aborda la fórmula «*Sacrae pagina studium sit veluti anima Sacrae Theologiae*», preguntándose por su significado. Para ello hace un recorrido histórico en el que recoge el origen y el desarrollo histórico de la fórmula antes del Concilio Vaticano II, el significado que podía tener en el conjunto de la tarea propuesta por *Dei Verbum*, y la efectiva puesta en práctica de lo que está en el sustrato de la fórmula en los trabajos teológicos contemporáneos o posteriores al Concilio. De ese recorrido, que concluye con el Documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993, el autor es capaz de ver cómo, en la teología contemporánea, la Biblia ha pasado de ser un lugar de *dicta probantia* a ser conformadora de la exposición teológica. Pero también hace notar que para realizar esa operación el teólogo y el exegeta deben ir más allá de la filología y la historia, sintiéndose comprometidos con el marco en el que el texto es cauce de revelación, es decir, en la Iglesia.

Tal vez la mejor manera de realizar esta operación sea volver los ojos al inicio, a la época de los Padres. Es lo que hace la siguiente ponencia, «Hacia los orígenes de una hermenéutica bíblica», del profesor P. Grech del Pontificio Istituto Biblico. En su discurso el autor recorre los modos de relectura e interpretación de

la Escritura en los primeros siglos del Cristianismo, mostrando en qué manera se articulan en esa interpretación los criterios meramente técnicos con otros criterios como la canonicidad o la regla de fe, de modo que el sentido literal conduzca al sentido espiritual de la Escritura. De esta manera ofrece una solución histórica de muchas cuestiones que las anteriores ponencias plantearon de manera teórica.

Con la siguiente ponencia —«Cristo centro de la Escritura y plenitud de la Revelación», del profesor de la Pontificia Universidad Laterana, M. Bordoni—, el tema se aborda desde una perspectiva netamente teológica. El profesor Bordoni parte del hecho de que si la Sagrada Escritura es como el alma de la teología, esta condición no le viene de su condición literaria sino de su cualidad de ser testimonio normativo de la fe en Cristo de la Tradición viviente de la Iglesia. Desde esta perspectiva, examina las relaciones entre Cristo y la Escritura: es Cristo no sólo el que da actualidad a la Escritura, sino también el fundamento de su unidad teológica y literaria.

En tonos semejantes se mueve la última relación, de S.E.R. Mons. Jorge Mejía, Archivero y Bibliotecario de la Santa Iglesia Romana, sobre «La Sagrada Escritura y la obra santificadora del Espíritu». Volviendo al tema central del simposio, el autor hace notar que la Iglesia confiesa una acción del Espíritu tanto en la composición de los libros sagrados —la inspiración— como en la Iglesia que la recibe y la interpreta con ese mismo Espíritu con que fue escrita. La exégesis que mira a la edificación espiritual no está al margen de la exégesis científica, sino imbricada en ella; aunque teniendo siempre presentes al Verbo del que habla y al Espíritu que la suscita.

Estas ponencias ocupan más de la mitad del volumen, el resto del libro lo componen ocho comunicaciones en las que se precisan de manera más o menos puntual algunas de las cuestiones abordadas en las ponencias. El resultado es una excelente puesta al día de la cuestión de las relaciones entre la Escritura y la Teología. Se podría afirmar que hasta el Concilio Vaticano II la tarea que se proponía a la exégesis católica era la de afirmar el sentido literal como querido por Dios. Desde la *Dei Verbum* el reto es descubrir el camino por el que el sentido literal de los textos, en la Iglesia y en Cristo, desemboca en el sentido espiritual. El Documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993 señala caminos interesantes y muchos de ellos inexplorados todavía. El presente volumen se inserta en el conjunto de los libros que tienen mucho que decir en la articulación de ese proceso.

Vicente BALAGUER